

Confesiones de un niño de pueblo

Pablo ZAPATA LERGA



Pablo Zapata

Yo soy, fui, un niño de pueblo. Y lo digo porque ese hecho es una realidad que condiciona la vida futura. No es igual, cuando un adulto escribe una escena de campo, el haber sido actor en ese proceso que escribir de oídas. No me había dado cuenta hasta que un catedrático me leyó mis primeros cuentos y me lo hizo notar: eres un niño de pueblo, me dijo. Efectivamente, entonces me auto-analicé y vi que todos mis primeros cuentos estaban radicados y enmarcados en experiencias infantiles del pueblo. Y no me había dado cuenta.

Los primeros escauceos de un escritor suelen ser cuentos con los que empieza a desbrozar en el bosque de la fantasía, y casi siempre suelen versar sobre experiencias personales de la infancia. Todo hombre, sea lo que sea de adulto, queda ligado para siempre a la raíz y tronco de sus primeros años, al ambiente que le vio nacer. No sé qué escritor ha

47

dicho —y si no hago mía la frase— que el adulto que hasta los doce años no ha sido niño de pueblo tiene una laguna en la formación de su persona adulta. Es verdad, hay aspectos que sólo se aprenden leyéndolos en el libro de la vida, no en los otros.

En aquellos años tiernos, sin televisión, con una guerra reciente de la que los adultos hablaban constantemente y que los niños veíamos como algo de hacía mucho tiempo y como cosa de los abuelos, con una sesión de cine semanal y sin otros elementos que desviarán mi atención, crecí en un pueblo agrícola, en contacto con la naturaleza oteando campos de mies, frutales, viñedos, huertos y animales domésticos. Como todos. Ese niño que poco a poco va aprendiendo a distinguir las distintas clases de nubes; que diferencia, dentro de su aparente monotonía, el verde de los sembrados según sea trigo, avena, cebada o centeno; que conoce todos los pájaros que le sobrevuelan; que palpa el proceso de las plantas; que ve generarse y brotar la vida en los animales domésticos; que con mil travesuras está aprendiendo a crecer y, sin darse cuenta, está haciendo su doctorado particular en el sentido que cada uno da a su vida.

Yo tenía en la escuela un único libro de texto: la Enciclopedia. Como las matemáticas me han aburrido desde siempre, sentado en aquel pupitre biplaza, con sus dos tinteros de porcelana

blanca y sus dos posalápices, pasaba las páginas y me entretenía con las historias de Viriato, los Reyes Godos, aventuras contra moros, gestas heroicas, vida de hombres ilustres, mil y una aventuras nacionales... y mi mente comenzó a soñar. Una vez a la semana, a alguien que iba en autobús a Tafalla le encargaba un tebeo de Roberto Alcázar o del Capitán Trueno. Y comencé a leer todo lo que había de leyendas históricas, textos purgados y expurgados por la conciencia rasera del nacionalcatolicismo con todo aquello de flechas, cantos y cruzadas. Pero como yo no entendía nada de eso, me divertía con las aventuras. Para un niño, el que sea realista o fantástico importa poco. Lo fundamental es que sea una historia bien contada, que le despierte el interés, que lo atrape (¡ajo!, esto no quiere decir que todo vale). Luego vendrán otros peldaños.

Cada semana o quince días, pasaba un "camionico" de la Diputación con cajas de libros. Los que cogía en la escuela de un pueblo los llevaba al siguiente. Mediante este sistema rotatorio, teníamos constantes y esperadas novedades. Por mis manos pasaron novelas adaptadas y censuradas (pero yo no me enteraba), historias de la conquista de América con aventuras de Cabeza de Vaca, Balboa, Pizarro, Orellana, Magallanes, Cortés y muchos otros, más hazañas de una guerra que llamaban "cruzada" (¿qué habría sido aquello?), donde unos eran buenos-buenos y otros malos-malos. Poco a poco me inicié en la lectura de Julio Verne, London, Salgari, Twain y lo que más me gustó desde niño: la novela histórica. Leí *Ben Hur*, *Quo vadis?*, *Fabiola*, *Los últimos días de Pompeya*, *Flavio* y, de modo muy especial, muchas novelas de Navarro Villoslada. Todavía me recuerdo leyendo en mi casa *Doña Blanca de Navarra* a la vez que levantaba la vista y, en lontananza, divisaba el escenario de los hechos en el entorno del castillo de Olite. Aquella experiencia la recuerdo especialmente placentera y viva. Lo que el libro fabulaba se me hacía realidad.

48

Para aumentar la fantasía, teníamos la película semanal de indios, vaqueros o piratas. Películas con el ronroneo del motor, olor a película quemada, cortes técnicos, cortes de censura, besos tras el sombrero del chico guapo y españoladas sin cuento con cantos patrióticos tras el No-Do. Esos eran nuestro únicos vehículos de contacto con el exterior. Y en ese ambiente le salieron las alas a mi fantasía en un medio agrícola donde casi nadie leía. Pero el influjo de mi madre, desde que tengo uso de razón, me hizo ver que el mundo de la cultura y sus valores es el mayor tesoro, muy superior a otros. Y yo, como niño, me lo creí.

Un niño que se hace lingüista sin querer

Como por la mayoría de los pueblos de entonces, pasó un fraile por la escuela, nos puso diapositivas y nos dijo que quién quería ir a jugar al colegio. Y me fui para allá después del verano. Por primera vez dejaba mi entorno uterino, por primera vez me ponía un traje nuevo, por primera vez montaba en tren y salía al mundo. Nada más abrir la boca, los compañeros se echaban a reír. ¿Por qué? Cuando comenzaba a nevar, yo decía que caían *purnias*; si llovía, que me estaba *chirriando*; y en el economato pedía *cadarzos* y *lustre*, ante la extrañeza general. Todos se reían (cuando resulta que son palabras de la más vieja esencia latina del dialecto navarro viejo, mas algunas de origen eusquérico). Y yo seguía diciendo *vete muete al alcorce*, ahí tiene esa coneja una *lorca*, por ahí hay un *cado*. Por no decir nada de cuto, chula,

mantudo, chandrío, mandarra, fijernico, esburriarse, angorraz, gardacho, cujar, desfornećinar, estoy canso, refitolero y muchas más de todo un diccionario ambulante que, claro, era el único que tenía. Eso hizo que, ya desde entonces, desde muy niño, comenzara a apuntar esas palabras, a ver variantes. Cientos que he ido anotando en un grueso cuaderno durante toda mi vida, cotejando en distintos diccionarios, analizando su origen, y que un día no lejano publicaré uniendo el cariño a mi tierra con el rigor lingüístico.

Y en los años de bachillerato la pasión por la lectura creció y creció, se amplió, se abrió a largos derroteros que me han permitido dialogar con los cerebros más preclaros de la Historia.

Un escritor tardío

Yo leía y leía, pero jamás me imaginé que un día llegaría a publicar algo. Eso era algo muy serio, exclusivo de determinados cerebros con un halo especial y tocados por la varita de las musas del Olimpo. Pero como seguía leyendo, mi cerebro bullía, y siempre escribía pequeños fragmentos literarios, renglones de un diario, poesías plagiadas y ultraemotivas, redacciones escolares, descripciones poéticas, me expansionaba en los comentarios de textos, pero nada más. Todo eso iba a la papelera. Nadie me invitó a lanzarme a crear, nadie me dijo que todos podemos llegar a ser escritores.

Ya trenteno, siendo profesor de lengua y literatura, empecé a escribir cuentos, cuentos para mí mismo, de esos que escribes en un momento especial, que los dejas dormir, los retocas y los vuelves a guardar sin más. Tímidamente, comencé a leer alguno en clase, sin decirles nunca que eran míos sino de un tal Aldunate (mi tercer apellido). Y vi que gustaban. Esto me animó a continuar, y más apreciando que mis cuentos seguían teniendo muy buena aceptación.

El hecho de estar en contacto con la literatura en general, con la literatura infantil y juvenil, el conocer las publicaciones que existían en el mercado y montar bibliotecas escolares me animó a coger algunos de estos cuentos y continuarlos hasta darles extensión de una novela. Y me lancé a la suicida tarea de intentar publicar cuentos, ensayo y novelas. En un principio no se trataba de buscar argumentos nuevos sino de continuar historias especialmente queridas, historias que tenía muy dentro... y que casi siempre hablaban de un niño de pueblo. Y en eso estamos, algo se va haciendo.

No es que sea escritor para niños y jóvenes. Yo escribo, sin más, intentando hacerlo lo mejor posible, únicamente que en este mundo me muevo con conocimiento de causa, me encuentro bien. Y, segundo, que ese texto tenga ciertos requisitos que hagan que esa obra resulte atractiva para un público determinado. Es muy difícil escribir una buena obra para niños, ya que, primero, debe estar muy bien escrita, y, segundo, debe tener una serie de pautas. Es un público muy exigente y muy difícil de engañar. *El Quijote* o *Madame Bovary* son grandes novelas, pero no las puede "digerir" un niño. La literatura infantil-juvenil tiene sus cánones, por más que otros no opinen lo mismo. Pero, repito, partiendo siempre de que sea una obra con altura literaria, no una ñoñez infantilada.

Panorama actual lector

Desde que comencé a ejercer como profesor de lengua y literatura, primero en la Educación General Básica y luego en Bachillerato, mi obsesión ha sido hacer lectores, crear el hábito y el gusto entre ellos. Y de ahí pasar a escribir, a crear. ¿Por qué no me dijeron de niño que todos podemos ser escritores? Me he dedicado a montar bibliotecas escolares, a dar cursos a profesores, a escribir artículos y libros de ensayo, y a dar charlas y más charlas sobre el mundo de la lectura y su entorno. Y también he escrito novelas juveniles. En definitiva, trabajo en lo que me gusta. Si bien o mal, lo dirán los lectores.

Desde hace unos quince años, el panorama lector de literatura infantil y juvenil es muy bueno, tanto en calidad como en cantidad. Hay una serie de editoriales que cuidan con todo esmero el fondo y la forma (como hay algunas otras que han entrado en este mundillo sin entender nada de nada). Esto hace que el panorama editorial sea atractivo, con escritores de primera que se centran en estas edades. Nunca se había leído, en general, tanto como ahora. Pero ese lector/a cumple catorce añazos, le entra una revuelta en el cerebro al integrarse en el mundo de los adultos de este país futbolero y deja de leer. ¿Qué ha pasado para que deje de hacer algo que le encandilaba? Muchos no lo hacen ya porque a partir de este momento los libros de lectura son obligatorios, impuestos, unos libros que no les dicen nada, que se pone una nota sobre la lectura, que hay que “trabajarlos” en lugar de gozarlos, y la capacidad de fantasear —en la mejor edad!— se evapora, se agosta. El adolescente se integra en la sociedad y la imita. Una sociedad que no lee, que habla de fútbol, que se deja llevar por los valores del tener, de sacar nota, de competir. Y todos a ver las marujadas de la tele, a hojear/ojear revistas amorzzotadas y a no leer un libro porque eso invita a pensar, labor harto fatigosa para muchos y que, al parecer, cansa. Esa es la realidad, cientos de jóvenes que han terminado un bachillerato o la universidad y leen poco o nada. ¿Qué ha pasado? Ahora no es el momento de profundizar en el análisis de este contrasentido, sólo lo señalo.

50

Fantasia ante todo

El hecho lector deber ser esencialmente libre, lúdico y personal, sin pedir nada a cambio, que trabaje la fantasía, que se adentre en el mundo de la fabulación desde muy pequeños y progresivamente. Si esto no se da, ya pueden venir estudios académicos posteriores, que no leerán de adultos. El hábito lector se adquiere en los primeros años, cuando se “descubre” el mundo maravilloso de los libros, no “haciendo trabajos sobre”, que es lo que suele ocurrir. Es muy distinto “estudiar” literatura a adentrarse en el placer lector.

Cuando fuimos niños, todo estaba prohibido, muchos autores eran malditos, los libros tenían que ser “ejemplares”. Con frecuencia solía ser un mal sermón en mala literatura. Ahora estamos cayendo en otro extremo muy de moda: los libros deben tener valores, deben posibilitar trabajos transversales... ¿Y dónde está la literatura? Una obra debe ser esencialmente literatura, buena literatura, sin más. Otra cosa es que luego podamos sacar determinados valores, pero debe ser consecuencia, no actitud de valoración previa excluyente. Las obras se han escrito para ser leídas, no para ser, sólo, trabajadas.

Hoy día hay, principalmente, dos tendencias dentro de la literatura infantil y juvenil:

a.- Corriente realista: los que opinan que los libros deben ser reflejo de la vida, de sus problemas y conflictos, donde el lector se pueda sentir identificado y le ayude a centrarse en la vida.

b.- Corriente fantástica: los que opinan que hay que dejar que la imaginación vuele, que cree sus propios escenarios, que sea capaz de componer un mundo donde reine la fantasía.

Como siempre, *in medio virtus*. No obstante, pienso que en los primeros años debe primar lo fantástico, el cultivo de la fabulación. La vida es demasiado dura como para centrarse sólo en ella, es necesario abrir ventanas a nuevos horizontes. Ya vendrá luego el realismo de los hechos pegando golpes y haciéndonos madurar, pero no creo que sea bueno desde los primeros años imbuir excesivamente de acontecimientos y problemas reales. Precisamente, uno de los beneficios más importantes que nos trae la lectura es la posibilidad de abrir la espita de la fantasía y que, a través de ella, nos evadamos en el mundo de los sueños.



Carta a Pablo Zapata Lerga, *catato*

Francisco SOTO ALFARO *

Compañero Pablo:

¿Cómo va eso?

Aclaremos que me permito llamarte compañero por varias razones: entre ellas porque los dos somos docentes; porque a ambos nos importa “hacer lectores, crear el hábito y el gusto entre ellos” (aprovecho tus propias palabras); porque tú y yo hemos sido “niño de pueblo” y de pueblos bastante cercanos; y por otras razones más. Pero sobre todo, porque tú, a través de tu “otro yo”, a través de tus libros, has sido compañero mío y de mis alumnos y alumnas en algunos momentos de nuestro camino en las aulas (como tú, espero que también más allá de la

* Maestro de Falces